

mario vargas llosa

LOS CARNETS DE ALBERT CAMUS

Un autor conquista grandes masas de lectores de la misma manera que las pierde: repentinamente. La relación entre un escritor y su público es casi siempre extraña y parece fundarse no en la razón, sino en los sentimientos o el instinto. Su semejanza con la pasión amorosa es sorprendente: surge de improviso y, aun en sus momentos más entrañables, tiene un carácter precario. ¿Cómo explicar, por ejemplo, el caso de Albert Camus? Hace quince años era uno de los príncipes rebeldes de la juventud francesa y hoy ocupa el lastimoso puesto de un escritor oficial, desdeñado por el público y vigente sólo en los manuales escolares.

Algunos piensan que el derrumbe de Camus es consecuencia de su actitud frente al drama argelino. Desgarrado por un problema que lo obligaba a elegir entre una causa justa y una minoría de la cual se sentía solidario porque había nacido y vivido entre ella, Camus, como es sabido, optó por el silencio o las declaraciones ambiguas. No creo que ésta sea una razón suficiente. El público puede encontrar la conducta de un escritor odiosa, condenable y hasta aborrecible, sin que ello lo aleje de sus libros. Nadie, que yo sepa, justifica la involución de Malreaux ni el anti-semitismo del alucinado Louis Ferdinand Céline; y, sin embargo, las novelas de ambos están más vivas que nunca, cada día ganan nuevos lectores. Lo curioso en el caso de Camus es la coincidencia entre la suerte del hombre y la obra: él y sus libros cayeron al mismo tiempo en el limbo y ni el diablo ni el buen dios se interesan ahora en ellos.

El primer tomo de los *Carnets* de Albert Camus que acaba de publicar la editorial Gallimard, contiene una serie de pistas y llaves maestras que justifican una tentativa para aclarar el singular destino de este escritor. Desde muy joven, Camus llevó una especie de diario íntimo, donde anotaba proyectos, reflexiones y lecturas. A veces, en pocas líneas bosquejaba un argumento, un personaje o una situación susceptibles de ser aprovechados más tarde. La época que abarca este volumen (1935-1942) es aquella que Balzac consideraba capital en la vida de un escritor: de los 22 a los 30 años. Y, en efecto, en este período Camus tuvo experiencias decisivas: contrajo su primer matrimonio, se afilió al Partido Comunista, obtuvo su diploma de estudios superiores con una tesis sobre «Neo-platonismo y pensamiento cristiano», viajó por Europa, trabajó como actor y director teatral, se divorció, rompió

definitivamente con el comunismo, volvió a casarse, al estallar la guerra trató de enrolarse en el Ejército para luchar contra el nazismo y fue rechazado por razones médicas, ejerció el periodismo y escribió *El extranjero*, *El mito de Sísifo*, *Calígula*, *Bodas* y *El minotauro o el alto de Orán*.

Los *Carnets* son muy discretos en lo relativo a la vida de Camus y rara vez abandonan el plano de la reflexión o la creación. Cuando Camus se refiere a su vida privada lo hace con extremo pudor: adopta un tono neutro e impersonal y arroja cualquier confesión autobiográfica de consideraciones abstractas. Nada más ausente de este diario que el frenético exhibicionismo tras el cual disimulan su escasa inventiva muchos autores contemporáneos. Ocurre que Camus no necesita emplear ese procedimiento pues, además de ser un impecable narrador, está dotado de extraordinaria fantasía. *Tengo necesidad de escribir como tengo necesidad de nadar: porque mi cuerpo lo exige*, dice uno de los personajes de *La muerte dichosa*, la novela inédita de Camus. Es su propio caso. Los *Carnets* diseñan la silueta de un escritor y no la de un pensador, la de un artista y no la de un filósofo. Algunos dirán: «¡Qué tontería! Justamente, en Camus coincidían el creador de ficciones y el riguroso ensayista.» Pienso que a esta creencia errónea se debe en gran parte la ruina de Camus.

LOS CARNETS DE
CAMUS

En efecto, después de leer los *Carnets* no cabe duda alguna: la gloria, la popularidad de Camus reposaban sobre un malentendido. Los lectores admiraban en él a un filósofo que, en vez de escribir secos tratados universitarios, divulgaba su pensamiento utilizando géneros accesibles: la novela, el teatro, el periodismo. Lo notable es que el propio Camus se precipitó en la trampa en que habían caído sus admiradores y en los últimos años de su vida se reconoció en la falsa imagen que el público le había levantado. Basta leer el *Discurso de Suecia*, las *Cartas a un amigo alemán* e incluso *El hombre rebelde* para comprobar que su pensamiento es vago y superficial: los lugares comunes abundan tanto como las fórmulas vacías, los problemas que expone son siempre los mismos callejones sin salida por donde transita incansablemente como un recluso en su minúscula celda. Serían libros desdeñables si no fuera por su prosa seductora, hecha de frases breves y concisas y de furtivas imágenes.

En realidad, Camus sólo es profundo y original cuando escribe sobre esa realidad temporal y concreta que es la patria de la literatura. Sus personajes tienen vida, sus novelas y sus dramas son originales porque en ellos esa nebulosa que es nuestra época toma contornos precisos y nos ayudan a conocer mejor al hombre contemporáneo, prisionero del absurdo y la angustia. Los *Carnets* están repletos de episodios diminutos, recogidos por Camus en la calle y que delatan al sobresaliente narrador. *En el cinema, la pequeña oranesa llora a lágrima viva ante las desdichas del héroe. Su marido le ruega que se calle. Pero vamos, dice ella sollozando, al menos déjame que disfrute.* Habría que citar también todos los fragmentos de *La muerte dichosa* que aparecen en los *Carnets*: diálogos limpios, descripciones sin escorias ni tiempos muertos, situaciones tensas.

Pero donde el espíritu artístico de Camus se manifiesta de manera avasalladora es en las notas impresionistas. Cada vez que habla de las calles de

una ciudad, de un árbol, del cielo, de las playas, aparece el gran estilista: la prosa cobra colorido, fervor y una majestuosa desenvoltura. Tímido y balbuceante cuando teoriza, frío y lúcido cuando crea seres de carne y hueso, Camus se convierte en un escritor tierno e infinitamente sensible al evocar la naturaleza o el paisaje urbano. *Esa mañana llena de sol: las calles calurosas repletas de mujeres. Hay flores a la venta en todas las esquinas. Y esos rostros de muchachas que sonríen.* Lo que más lo conmueve es el paisaje de Argelia, que asoma a cada momento en este libro, con los violentos colores de los cuadros románticos que inspiró esa tierra a Delacroix, algo mitigados sin embargo por una subterránea dulzura. Hay una comunicación tan intensa entre la sensibilidad del autor y el medio natural que lo inspira, que la poesía brota con frecuencia. *Mientras que, por lo común, los cipreses son manchas sombrías en los cielos de Provenza y de Italia, aquí, en el cementerio de El Kettar, este ciprés hierve de luz, arde con los oros del sol. Parece que, venido de su negro corazón, un zumo dorado corriera hasta el extremo de sus cortas ramas y discurriese en largas avenidas feroces sobre el follaje verde.*

Pero es preciso ir más lejos aún. En Camus no sólo predomina el artista, sino que su temperamento y sus preocupaciones lo inclinan hacia la expresión formal y deshumanizada del espíritu artístico: el esteticismo. *Cielo de tormenta en agosto. Soplos ardientes. Nubes negras. Al este, sin embargo, una faja azul, delicada, transparente. Imposible mirarla. Su presencia hiere los ojos y el alma. Ocurre que la belleza es insoportable. Nos desespera. Eternidad de un minuto que quisiéramos se prolongara a lo largo del tiempo.* Los *Carnets* confirman aquello que se desprendía fácilmente de otros libros suyos; Camus busca su inspiración en el mundo exterior y no en su propia conciencia como los narradores fantásticos; es un observador nato y cuando sale a la calle espía su alrededor con los ojos interesados de los escritores realistas. Sólo que para él los amenos cementerios musulmanes, los destellos del sol y el fulgor de los geranios constituyen elementos más llamativos de la realidad que los hechos sociales o históricos. El paisaje que él ama se compone de cielo, agua, aire, flores, árboles, casas, hombres, en este orden de importancia. Jamás comprenderé que se haya atribuido el papel de un director de conciencia para cuestiones políticas a este delicado poeta puro capaz de considerar a los miserables habitantes de los pueblos kabilas como simples ingredientes del paisaje y ni siquiera los más interesantes. *Pueblos aglomerados alrededor de puntos naturales y que viven, cada uno, vida propia. Hombres vestidos de telas blancas y largas, cuyos gestos precisos y simples destacan bajo el cielo siempre azul. Caminitos escoltados por cactus, olivos, algarrobos, chopos. Pasan hombres con asnos cargados de olivos. Los rostros son bruñidos y los ojos claros. Y del hombre al árbol, del gesto a la montaña, nace una especie de consentimiento que es, a la vez, patético y alegre.* Inútil reprochar a Camus la inhumanidad de esta bella prosa helada. ¿Alguien condenaría a los poetas místicos por hablar del alma arrobada en vez de denunciar las iniquidades medioevales? Camus no tuvo la culpa de que se viera en él a otro y lo único deplorable es que, contaminado por ese asombroso equívoco colectivo que hizo de él un ideólogo, traicionara su sensibilidad ascendiendo

a alturas especiosas para discurrir rígida y artificialmente sobre problemas teóricos.

En realidad, era un artista fino y en algunas de sus obras registró intuitivamente el drama contemporáneo en sus aspectos más oscuros y huidizos. *El extranjero* es una de las mejores novelas modernas. Como buen escritor, Camus percibía la realidad fragmentada: su visión de los detalles, de una situación, de un individuo, es por lo general certera. *Un hombre inteligente en cierto plano puede ser un imbécil en otros*, apunta en sus *Carnets*. El era admirable cuando se dejaba guiar por la intuición y la imaginación y un mediocre escritor cuando se abandonaba a la reflexión pura.

Se puede desesperar por el sentido de la vida «en general» pero no de sus formas particulares; de la existencia puesto que no tenemos poder sobre ella, pero no de la historia donde el individuo lo puede todo. La indiscutible verdad de esta nota de los *Carnets* nos permite distinguir lo que hay de valioso y de inútil en la obra de Camus. Todos sus escritos literarios —novelas, cuentos, dramas, prosas poéticas— expresan formas particulares de la vida, es decir, están sólidamente instalados en la historia. Y gracias a su talento constituyen admirables creaciones del espíritu. En cambio, cuando Camus medita sobre «la existencia» y «la vida en general» se limita a exponer, con fórmulas apenas distintas, viejas concepciones de un pesimismo superfluo y paralizante. Que no nos hablen de la «filosofía del justo» porque ya sabemos que tras esta hueca frase se esconde una actitud contemplativa e inmovilista, vieja como la filosofía, y cuya vacuidad salta a la vista apenas se la quiere aplicar a una situación concreta. El trágico dilema de Camus frente a la guerra de Argelia es la mejor prueba del carácter puramente retórico de una doctrina que pretende liberar al hombre del compromiso de elegir a cada instante entre las alternativas dramáticas que la historia le plantea.

El prestigio de Camus se derritió cuando sus lectores descubrieron que el supuesto pensador, que el aparente moralista no tenía nada que ofrecerles para hacer frente a las contradicciones de una época crítica, y que en el fondo estaba tan desconcertado como ellos. Pero algún día resucitará el verdadero Camus, el prosista cuidadoso y cohibido ante el mundo desamparado que le tocó vivir. Entonces se le leerá como es le debió leer siempre: como se lee a Flaubert o a Gide y no a Diderot o a Sartre.

LOS CARNETS DE
CAMUS